

el alma en las pruebas que le dió de su amor. Empleó sus fuerzas en obrar y en padecer por Dios; no le dió alimento y reposo sino para ponerle en estado de aguantar nuevos trabajos y nuevos sufrimientos; en fin, por amor entregó su cuerpo á todos los tormentos, derramó toda su sangre hasta la última gota, y lo inmoló en holocausto sobre la cruz. ¡Reflexionamos seriamente que este cuerpo que nosotros cuidamos debe ser una víctima de amor; que todas las satisfacciones naturales que le concedemos mas allá de la necesidad son otros tantos robos que hacemos al amor; que si se le ha dado vida, salud, fuerza es para consagrarle todo al amor; que cuando le ahorramos el trabajo ó cuidamos tanto de librarle de lo que le molesta, le fastidia ó le hace padecer vamos contra el precepto del amor; y con mayor razon cuando con tanto afán le procuramos los placeres de los sentidos, cuando le conservamos en una muelle holganza, cuando no nos curamos sino de su bienestar, y nuestra alma forma de él su ídolo consagrándose á su servicio, en vez de hacerlo servir y sacrificarlo al servicio de Dios? ¡Ah! ¡Cuán lejos estamos de imitar en esta parte á Jesucristo! Su cuerpo fué la primera cosa que sacrificó á su Padre: no lo tomó sino para hacerle morir con una muerte violenta, y con este objeto lo alimentó y lo sostuvo, no mirándolo ni tratándolo en toda su vida sino como una víctima. Y su carne sin embargo era inocente, era santa y unida íntimamente con la divinidad; y la nuestra es corrompida en su origen, rebelde al espíritu, nos conduce al pecado y es la fuente principal de nuestros pecados; y el grande objeto de la mayor parte de las pasiones es el satisfacer sus terrestres y brutales inclinaciones.

Jesucristo amó con todas las facultades de su alma. Su memoria, su entendimiento, su voluntad, su misma imaginacion solo de Dios se llenaban, solo en Dios se ejercitaban, solo en servirle se ocupaban. El Verbo, por su accion divina, daba el impulso á las potencias del alma y el alma á los movimientos del cuerpo; de suerte que todo estaba ordenado y dirigido por el

amor, todo tendia y terminaba en el amor. ¿Nos hallamos nosotros en este caso? ¿Aspiramos á tanto por nuestros deseos? ¿Nos esforzamos con todo nuestro poder para llegar á conseguirlo? ¿En qué se ocupa nuestra alma que siempre está pensando, queriendo, y cuya actividad no para un solo instante? ¿Es acaso Dios, ó lo que se refiere á Dios, el recuerdo de sus recuerdos, de sus reflexiones, de sus afectos? ¿Solo para Dios tiene vida y accion? ¿Es un principio sobrenatural el que le imprime sus movimientos, el que manda y gobierna sus operaciones y el que las dirige todas hácia el amor de Dios? Hé aquí sin disputa lo que debe ser un cristiano; hé aquí á lo menos á lo que debe tender con un ardor infatigable, si quiere amar á Dios *con todas sus fuerzas*. Esto es imposible acá en la tierra me direis. Y ¿por dónde lo sabeis? Si hablais así es porque todavía no habeis empezado á amar. Amad y vereis cómo el amor, una vez dueño de vuestro corazon, se apoderará de todo lo demas, se apropiará el uso y la direccion de vuestras facultades espirituales y corporales, os enseñará á consagrarle vuestros trabajos y vuestros padecimientos, vuestros placeres y vuestras penas, lo dirigirá todo á él y reducirá á su debida unidad esta multiplicidad que os divide y os disipa. El amor empieza por reunirle y reconcentrarlo todo en lo interior, desde donde se comunica despues al exterior y acaba por poseer á todo el hombre. Es un fuego que del centro se extiende á todos los extremos, lo gana todo y transforma en él todo cuanto toca, despues de haber consumido lo que se le opone.

---

## CAPITULO XXXVIII.

DEL AMOR DE JESUCRISTO PARA CON LOS HOMBRES.

**E**L amor del prójimo es una consecuencia necesaria del amor de Dios. Porque no se puede amar á Dios sin amar lo que él

ama y lo que nos manda amar. Dios ama á los hombres que son obra suya, que los crió solo para hacerlos felices; y manda á los hombres, y especialmente á los cristianos, el amarse los unos á los otros. Así que, fácil nos es juzgar del amor que tuvo Jesucristo á los hombres, por el que él tuvo á Dios. La medida del uno ha servido al otro de medida, y uno y otro los llevó hasta el mas alto punto á que pueden llegar. Y para explicarnos con mas precision, estos dos amores no formaban sino uno: el mismo eran en su principio y solo en el objeto diferian.

Conocidos son los efectos del amor de Jesucristo hácia nosotros: la fe nos los propone, nos los enseñaron desde niños y están extensamente desplegados en varias obras de piedad. Pero no los meditamos lo bastante, ni alimentámos con ellos nuestro corazon quanto seria menester.

Jesucristo nos ha amado á todos, no simplemente en general, sino á cada uno en particular; nos llevaba á todos, distintamente en su pecho; y como este corazon era de una capacidad inmensa, no estábamos en él apiñados, ni la afecion que á los otros tenia perjudicaba en lo mas mínimo á la que sentia para cada uno de nosotros. De manera, que cada-cual podia apropiarse el corazon de Jesus, como si hubiese sido el objeto único de su amor y decir con san Pablo: *Me ha amado y se ha entregado por mí.* Al modo que el sol distribuye su luz y su calor á cada uno con tanta profusion como si á aquel solo tuviese que alumbrar y calentar.

Jesucristo nos amó cuando éramos todos pecadores é indignos de sus gracias inefables. Hijos de cólera por nuestro nacimiento, por este solo título no teniamos derecho alguno al amor de Jesucristo, ni al de su Padre; y aunque él se hubiese denegado á redimirnos, aún cuando nos hubiese abandonado á la sentencia de muerte eterna pronunciada contra nosotros, no tendríamos de qué quejarnos. Y ¡cuánto menos motivos tenia para amarnos, atendidas tantas ofensas personales de que preveia nos haríamos culpables!

El nos amó á pesar de haber previsto que no obstante su amor continuariamos en pecar y le ofenderiamos á él en persona, pisoteando su sangre y abusando de su fruto, que son las gracias. ¿Dónde están estos bienhechores que obligan cuando saben que se les pagará con ingratitud y que se tornará contra ellos sus propios beneficios?

El nos amó, no para la vida presente, que pasa como un sueño, sino para la vida futura que no pasará jamas; no para librarnos de algunos males temporales y procurarnos una dicha precedera, sino para librarnos de una desdicha eterna y asegurarnos una felicidad sin límites y sin fin. Nadie sino él podia libertarnos de lo uno y ponernos en posesion de lo otro; y éramos perdidos sin recurso si él no hubiese venido á nuestro socorro.

El nos amó por sí mismo, de su propio movimiento, sin que nosotros se lo pidiésemos, ni aún pensásemos en rogárselo. Su amor fué un amor preventivo y gratuito; nada tenia que esperar ni aguardar de nosotros, ni menos que temer nada de nuestra parte si nos hubiese denegado su amor.

Mas ¿cómo nos amó? Con el amor mas fuerte, mas tierno, mas generoso, mas eficaz. Nada perdonó de quanto podia hacer en favor nuestro, hasta ponerse en nuestro lugar, y satisfacer por nosotros á la divina justicia. Tomó sobre sus hombros nuestros pecados, y el castigo que merecian; nos abrió el cielo por medio de su sangre, y solo por la aplicacion de sus méritos tenemos derecho de entrar en él. Consintió en ser á los ojos de su Padre un objeto de maldicion, para atraer sobre nosotros su benevolencia y reconciliarnos con él. Quiso ser tratado con tanto rigor como si él hubiese sido el pecado mismo, para empeñar á su Padre á que nos adoptase por hijos suyos y á restituirnos su celestial herencia, que habiamos perdido.

Como nuestro Médico, no solo curó nuestras dolencias sino que se dedicó á prevenirlas. El orgullo y el amor propio son las dos fuentes de nuestros males, cuyo remedio nos ofrece en su

humildad y en su mortificación. Abrazó un estado pobre, oscuro, despreciable, para inspirarnos el desprendimiento de las riquezas y del brillo de los vanos honores de la tierra; bebió el cáliz de las humillaciones y de los sufrimientos, para quitarle su amargura; y á mas nos abrió en los sacramentos fuentes de gracia, en las que nos invita á beber segun lo necesitamos.

Como Maestro nos enseñó la verdad que él mismo habia aprendido en el seno de su Padre: nos descubrió los secretos de Dios y á ellos nos introdujo con el auxilio de la fe. Nos dejó en el Evangelio una moral pura, sublime, que nos conduce directamente á la felicidad, tanto en la vida presente como en la futura. Antes de Jesucristo ¿se conocia por ventura en qué consiste la felicidad del hombre? ¿Se sabia el camino que á ella conduce? ¿Quién ignora la multitud de sistemas, ó diremos mejor, de errores de los antiguos filósofos sobre esta materia? Jesucristo con una sola palabra nos enseñó que él es el *Camino* que conduce al hombre á la felicidad, la *Verdad* que se demuestra y la *Vida* que la abraza y que la comunica.

Como Pontífice se sacrificó una vez sobre la cruz; y se sacrificó todos los dias sobre nuestros altares para honrar en su nombre y en el nuestro la majestad infinita de Dios, para reconocer la grandeza de sus beneficios, para expiar nuestros pecados, para obtener las gracias necesarias á nuestra salud. Cualquiera otro culto fuera de aquel en que Jesucristo es ofrecido y se ofrece á sí mismo, no da á Dios gloria alguna, ni puede satisfacer nuestro reconocimiento, ni perdonar la menor de nuestras ofensas, ni procurarnos gracia alguna. Este Pontífice, siendo á la vez nuestro intercesor y nuestro abogado, no cesa de interceder para nosotros junto á su Padre.

Como Pastor conduce las ovejas á los mejores pastos, las alimenta con su propia carne, les da á beber su propia sangre, aleja de ellas los voraces lobos, que son los demonios, corre tras la oveja extraviada hasta que la ha encontrado, la carga lleno de gozo sobre sus hombros y la vuelve al redil. ¿Quién podrá en-

trar en el pormenor de todas las muestras de amor de Jesucristo para con los hombres y expresar toda su vivacidad y ternura?

El que así nos ha amado ¿no tendrá derecho para mandarnos que nos amemos unos á otros? ¿Tiene derecho de proponerse á sí mismo por modelo? ¿Nos manda algo que él no haya practicado primero y de la manera mas excelente? ¿Nos admirará despues de esto oírle decir: Os doy un precepto nuevo: que os améis mutuamente como yo os he amado? ¿Qué mas nuevo en efecto, que el precepto de un amor que nunca habia tenido ejemplo? Así es que el universo entero quedó sorprendido á la vista de la caridad que reinaba entre los primeros cristianos y reconoció á esta señal los discípulos de un Dios muerto víctima de su caridad para con los hombres. Preciso es decirlo con lágrimas en los ojos: hoy dia, entre la mayor parte de los cristianos, buscáramos en vano algunos fieles observadores de este gran precepto del Salvador. Ni aún se tiene de él idea; y los que la tienen, no la tienen sino como un punto de perfeccion. Y la razon es porque para amar de esta suerte, y mirarlo como un deber, es preciso ser interior; es menester vivir del espíritu de Jesucristo; es indispensable estar muy internado en su corazon. Y es por lo tanto una verdad que no perteneceremos á Jesucristo sino á proporcion de lo que imitémos su caridad; y que él rechazará de sí los corazones duros, indiferentes, insensibles para con el prójimo, concentrados en sí mismos.

No hablo aquí de la compasion natural, que es una buena calidad y que supone muchas otras. Esta no es una virtud sobrenatural que deba ejercitarse por un principio de la gracia y por los motivos mas puros de la religion. Para tener caridad no basta no hacer al prójimo lo que no quisiéramos que él nos hiciese. Esta leccion nos la da la ley natural, y tuviéramos rubor de faltar á ella si no nos cegase el amor propio. Tampoco basta el hacer al prójimo todo el bien que quisiéramos recibir de él. Una caridad semejante, si se limita á las cosas temporales, á los cuidados, á las atenciones, á los miramientos, á las leyes de ur-

banidad que pueden exigir las necesidades, la sensibilidad, la delicadeza de los demas, y que hacen dulce y agradable el trato de la vida, puede ser un fruto de la bondad del corazon, de la educacion y de la cortesía; y puede tambien ser dictada por el amor propio y por una sutil satisfaccion de sí mismo. Y no obstante, ¡cuán pocos cristianos se hacen un deber de tratar al prójimo como desearan ser tratados en idénticas circunstancias! ¡Cuán pocos se ponen en su lugar, ó le ponen en el suyo propio, diciéndose á sí mismos: Si yo me hallara en tal ó cual situacion, ¿qué quisiera que se hiciese por mí, cómo deseara que me hablasen? Lo mismo, pues, debo hacer por él; y si no lo hago, falto con Dios y falto conmigo mismo. Esta regla de conducta tiene una aplicacion indefinida; y tantas omisiones en que caemos diariamente no provienen sino de que la violamos, ya sea por defecto de atencion, ya por falta de buena voluntad, ya porque no nos creemos obligados á molestarnos ó á incomodarnos un poco para servir ó complacer á otro.

El cristiano verdaderamente caritativo considera al prójimo con los ojos de la fe, le mira como á su hermano en Jesucristo, como el hijo de un mismo padre, como quien tiene derecho á la misma herencia, como quien ha de vivir eternamente con él en la santa ciudad, de la cual serán desterrados el *mio* y el *tuyo*, y en la que todos disfrutarán en comun y sin envidia de la misma felicidad. Está íntimamente persuadido de que acá en la tierra debe, en cuanto le sea posible, estar con respecto á sus hermanos en las mismas disposiciones con que estará en el cielo; que debe quererlos, que debe hacerles todo el bien temporal y espiritual que de él dependa; sacrificándoles, si es necesario, su trabajo, su reposo, sus bienes, su reputacion, su vida misma, al ejemplo de Jesucristo; y creerse feliz, por medio de tales sacrificios, de poderse parecer en algo á su divino Maestro. ¡Ah! él nos pide en esta parte incomparablemente menos de lo que hizo; y nosotros encontramos que pide demasiado; y no hay ley que tanto nos cueste observar como esta ley de amor y de caridad,

ni de la que mas fácilmente nos dispensemos y con menos remordimientos. Lamentábase el Apóstol de que cada cual no pensaba sino en su interes y que olvidaba el de Jesucristo; y vosotros tambien descuidais el interes de Jesucristo cuando descuidais el de vuestros hermanos. El se toma como hecho á sí mismo todo el bien ó el mal que vosotros les haceis, ya temporal, ya espiritual; y expresamente declara que con esta regla os juzgará á vosotros, tanto para remuneraros como para castigaros. Y en verdad que no pensamos en esto. A cada página del Evangelio hallamos enseñanzas de caridad, ejemplos de caridad, motivos de ejercitar la caridad; toda la ley cristiana se reduce á la caridad y *quien ama al prójimo*, dice san Pablo, *tiene cumplida la ley, cuyo cumplimiento es el amor* (Rom., XIII, 8 y 10); y no solamente nadie casi se dedica á los ejercicios de la caridad, sino que ni aun se cuida de estudiar sus deberes y de medir su extension. Esta extension es inmensa. La caridad del cristiano puede y debe extenderse á todos los hombres y á todas las cosas, ya sea por el deseo, ya por la oracion, ya por los efectos.

---

## CAPITULO XXXIX.

EL AMOR HIZO Á LA VEZ LA FELICIDAD Y EL TORMENTO DE JESUCRISTO.

LA verdad que trato ahora de manifestar, solo la conocen por experiencia las almas interiores, á las cuales se descubre cuando se hallan ya un tanto adelantadas en la vía espiritual. Ellas la comprenden por el sentimiento. Por lo que hace al comun de los cristianos, la creen, porque pertenece á la fe; pero no la comprenden, porque no la sienten ni se ponen en estado de sentirla.

Dos cosas hay incontestables en los principios de la fe. La

primera es que Jesucristo fué el mas feliz de todos los hombres; la segunda que fué el mas paciente y atormentado. Ambos extremos se conciliaron en él perfectamente, sin que la felicidad disminuyese el sufrimiento, ni este debilitase la felicidad; siendo el mas feliz partícipe, segun su humanidad, de toda la dicha que el Verbo podia comunicarle, unido íntima é inseparablemente al bien soberano unido por todas las potencias de su alma y por todos los órganos de su cuerpo; de manera que le era imposible el desear nada. Fué el mas sufrido, porque soportó penas interiores mas grandes de lo que han soportado y pueden soportar todos los santos reunidos; porque sintió los rigores de la justicia divina hasta un punto de que no hubiera sido capaz otro alguno; porque los tormentos que sufrió en su cuerpo superan, en cuanto al sentimiento que de ellos tenia, á todo lo que han padecido todos los mártires. Las penas de su alma casi no tuvieron intervalo durante el curso de su vida; tenialas siempre presentes y con mas ó menos fuerza obraban de continuo en él. No podemos calcular la impresion que hacian en su cuerpo estas mismas penas, la languidez, la debilidad, el extremo abatimiento en que le ponian cuando estaba en oracion; bien que lo que pasó en su agonía nos da á conocer la violencia excesiva de esta impresion. Añadamos que en todas sus penas, así interiores como exteriores, experimentaba de la parte de Dios un abandono proporcionado á lo que merecia el que se habia constituido fiador de todos los pecados.

Cuando consideramos separadamente la felicidad de Jesucristo y sus sufrimientos, poco nos cuesta comprender que uno y otro llegaron á un extremo inconcebible. Lo que no podemos explicar es cómo se conciliaban en él dos cosas en apariencia tan contrarias. El amor empero las conciliaba. El habia aceptado sus padecimientos, y los amaba; ni hubiera querido encontrar alivio en ellos, prefiriendo este estado de dolor á los goces mas inefables. Obraba en sí mismo un prodigio continuo en suspender los efectos maravillosos de la union hipostática sobre

su alma y sobre su cuerpo. Su mayor tormento dimanaba del amor que á su Padre tenia, viéndole de aquel modo ofendido por los pecados de los hombres, á pesar de la garantía que en él les daba de su bondad incomprendible; y este amor formaba al mismo tiempo todas sus delicias. Otro tormento poco menor que este provenia de su amor hácia nosotros, cuando pensaba que su sacrificio seria inútil para una infinidad de almas, cuya pérdida y eterno suplicio no impediria, antes bien agravaria infelizmente. Pero la felicidad de aquellos á quienes su muerte debia abrir el cielo le consolaba de la pérdida de los demas; y aun cuando no hubiese tenido que salvar sino una sola alma, se hubiera contentado de padecer. Y por una mira superior, se tranquilizaba con respecto á la condenacion de los que no se aprovecharian de su beneficio; y esta idea no alteraba la paz de que gozaba siempre.

Así que, el amor dividia su alma entre dos sentimientos, dulce y benéfico el uno, y el otro amargo y atormentador; ambos procedian del mismo origen y se contrapesaban de modo, que su alma estaba tan contenta de sentir el uno como el otro; y no hubiera deseado que el primero, que dominaba siempre, disminuyese la dolorosa impresion del segundo.

He dicho, y es una verdad, que el amor produce efectos muy parecidos en las almas interiores. Mas no en los principios de la vida espiritual, donde por lo comun este amor no hace sentir sino consuelos, para prepararlas á las cruces que han de seguir. Tampoco pasa esto cuando la naturaleza, vigorosa todavía y no domada, se rebela contra las penas, y hace los mayores esfuerzos para librarse de ellas, irritándose contra Dios, á quien mira como un cruel tirano. Ya sé que en esto no tiene parte la voluntad; pero no me parece pueda decirse aún, que el alma sufre y es feliz. ¿Cuándo, pues, puede esto decirse? Cuando la naturaleza ya domada opone muy poca ó ninguna resistencia; cuando siente la pena sin rebelarse, sin turbarse, sin murmurar; cuando el amor ha tomado ya tal ascendiente, que la voluntad se

aguieta plenamente á lo que Dios manda; cuando el alma está tan contenta de sufrir, que no quisiera se disminuyesen la intensidad ó la duracion de sus tormentos; que consiente en sufrir de aquel modo por toda la eternidad, si fuese el beneplácito de Dios, y por esto se mantiene en una paz inalterable.

Entonces se verifica exactamente que el alma á la vez sufre y es feliz; y que el amor es á un mismo tiempo el principio de su felicidad y de sus penas; pues ella no sufre sino porque ama, y tanto como ama, y por la misma razon se cree tan dichosa en sufrir, que por nada del mundo quisiera mudar de situacion. ¿No se han visto en semejante estado almas generosas, rehusar las delicias del cielo que se les ofrecian? ¿No se han visto otras pedir á Dios por singular favor nuevas cruces? Ellas, pues, ponian en la cruz toda su felicidad, hasta no poder vivir sin ella. ¿De dónde les venia esta disposicion? Del amor que les hacia mirar en la cruz la voluntad de Dios; y bajo este aspecto les parecia amable y preferible á todo.

Tales sentimientos parecen una quimera á los cristianos ordinarios, que no tienen la menor idea de la fuerza prodigiosa del amor divino. Pero son tan reales, que cuando Dios ha empezado á probar un alma, si esta le es fiel, no la deja hasta que la ha conducido á este modo de pensar. Entonces pone fin á sus pruebas; mas en tanto que el alma desea este término las pruebas continúan y van redoblando. Es menester que se conforme en tanto como Dios la ejercita, para agradarle despues por largo tiempo. Y Dios no le arranca á la violeacia esta conformidad, ni la da ella de desesperada, no. El amor la va disponiendo poco á poco é insensiblemente, de manera que ella se conforma de muy buen grado, sin que le quede en cierto modo libertad para denegarse á ello, tanto la domina el amor.

## CAPITULO XL.

SENCILLEZ DE JESUCRISTO.

ASI como la sencillez es el carácter propio de las perfecciones divinas, que no son infinitas sino porque son simples, así tambien es el distintivo de las virtudes de Jesucristo, que están sobre toda categoria en razon de su extremada simplicidad. ¿Qué podré decir yo de esta calidad eminente, que escapa á toda expresion, y que ni casi al pensamiento es accesible? Nuestro Señor me dará auxilio para hablar de ella dignamente, y á los que me lean para comprenderme.

Las virtudes son sencillas, cuando se refieren á un solo motivo que las anima, á una sola intencion que las dirige, á un solo fin al cual ellas tienden. Tales fueron las virtudes de Jesucristo, que no tenian otro motivo que el amor de Dios, otra intencion que la gloria de Dios, otro fin que el cumplimiento de la voluntad de Dios; y este motivo, esta intencion, este fin no son sino una sola y misma cosa absolutamente. Ni este motivo era susceptible del menor aumento en su pureza, ni esta intencion de mas rectitud, ni este fin de mayor perfeccion. Nuestro provecho, nuestra santidad, nuestra dicha eran tambien un motivo, una intencion, un fin que se proponia Jesucristo. Mas su amor para con nosotros era tan solo una consecuencia de su amor para con Dios; nuestra perfeccion se referia á la gloria de Dios; nuestra felicidad se hallaba encerrada en la voluntad de Dios. Así, pues, todo esto tenia á la unidad.

Las virtudes son sencillas en su práctica, cuando no van acompañadas ni seguidas de ninguna reflexion, ó de ningun retorno sobre sí mismo, de ninguna mira de interes personal. Tales fueron tambien las virtudes de Jesucristo. Practicábalas segun se ofrecian las ocasiones por un puro instinto de la gracia, sin pre-

meditacion, sin esfuerzos, sin mas regla que el espíritu de Dios, sin reflexionar sobre el acto de virtud que practicaba. Su alma recibia el impulso divino para hablar, para rogar; y al hacerlo, nada mas de suyo mezclaba á lo que se sentia inspirado á practicar, y ni aún echaba una simple mirada sobre su operacion. Todo era directo, todo iba á parar á su Padre; nada se detenia ni volvía á él; no se tenia por nada absolutamente, nada pretendia para sí, ni por parte de Dios ni por parte de los hombres.

Jesucristo era sencillo no solo en sus virtudes y en su santidad, sino tambien en su exterior, en sus palabras, en su conducta. Nada en él de afectado, nada de grave ni de austero en demasia, nada que le distinguiese ó que llamase en él la atencion, nada que tuviese por objeto sorprender á la vista y dar elevada idea de su persona. Todo en él era divino, y nada parecia tal al humano sentido: era menester hallarse elevado por la fe sobre todas las apariencias para reconocerle, no solamente en calidad de Hombre [Dios, sino hasta en calidad de hombre extraordinario.

Ahora podemos comprender en qué consiste aquella infancia espiritual que él tanto elogiaba, y de la que presentaba en sí mismo tan admirable modeló; el por qué amaba tanto á los niños; el por qué les abrazaba y les bendecía y la causa por qué decía: *Si no os volveis y haceis semejantes á los niños, no entrareis en el reino de los cielos* (Mat., 18, 3); y añadía: *Dejad en paz á los niños y no les estorbeis de venir á mí; porque de los que son como ellos es el reino de los cielos.* (Mat., 19, 14.) Pues la infancia es el símbolo de la sencillez. El infante no tiene malicia, ni doblez, ni ficcion; púntase en su semblante todo cuanto pasa en su alma. No raciocina ni reflexiona, y solo se deja conducir por el corazon. Solo obedece á un instinto el mas sencillo, que Dios le ha dado y que le lleva derecho á su objeto. Es crédulo, porque de nadie desconfia; es dócil, porque nada sabe. El sentimiento de su debilidad le enseña á depender y á obedecer.

Quando nos dice Jesucristo que tal es la imágen de la infan-

cia espiritual, que hemos de volver á la sencillez infantil para que Dios establezca su reino en nosotros; si su gracia no nos abre los oidos, nada entendemos de este lenguaje, y nos vienen ganas de decirle con Nicodémus: Y qué, *¿un hombre entrado ya en años puede acaso volver otra vez al seno de su madre para renacer?* Sí; lo puede en el sentido espiritual, y jamas emprenderá nada de lo mas sublime que enseñó Jesucristo, ni de lo que practicó; jamas entrará en el fondo de la moral evangélica, ni jamas la gustará si no entra por la senda de la infancia y de la sencillez.

Dios hace ya atractiva esta virtud desde que se entra en la vida interior, y las primeras operaciones de la gracia tienden á simplificar el alma. Desde luego enciende el amor santo en el corazon; le enseña á obrar tan solo por amor, desterrando poco á poco el temor y las miras interesadas. Inspira á la voluntad una cierta rectitud enemiga de toda malicia y de todo artificio, que le inspira la franqueza, el candor, la ingenuidad. Desembaraza el espíritu de una multitud de miras y de intenciones que solo sirven para distraer su atencion, dirigiéndolo todo á la gloria de Dios, como á la intencion que abraza y comprende soberanamente todas las demas. No le propone mas que un solo y único fin, su voluntad, su beneplácito; y le acostumbra poco á poco á subordinarlo todo á este fin. Además, á mas del ejercicio complicado y fatigoso de las tres potencias del alma que se ejercitan sobre diferentes objetos, la pone en un estado de simple oracion, en la que el espíritu no tiene otro objeto que una vista confusa y general de Dios, el corazon ningun otro sentimiento que un gusto dulce y apacible de Dios que la alimenta sin esfuerzo, como la leche alimenta los niños. El alma percibe entonces tan poco sus operaciones, y tan sutiles son estas y tan delicadas, que á ella le parece estar ociosa y abismada en un delicioso sueño. Y aún pasado cierto tiempo, no le permite reflexionar sobre sí misma, ni echarse una sola mirada. En fin, él la descarga de una multitud de prácticas de que se servia en

otro tiempo para entretenerse en la piedad; pero que como otras tantas trabas, solo servian para molestarla y retraerla de su sencillez.

Hé aquí lo que hace Dios de su parte para simplificar el alma é introducirla en la infancia de la santidad. Lo que debe ella hacer de la suya, es conservarse fielmente en el estado en que Dios la ha puesto, no dar rienda suelta á su espíritu, contener todo raciocinio, toda reflexion, todo pensamiento inquieto ó curioso, no aplicarlo á objeto alguno particular, á menos que Dios se lo presente; no leer libros espirituales para estudiarlos, sino para saborearlos; conservarse libre en el decurso del dia, ocupándose únicamente en sus deberes, no mezclándose en los negocios de otro, y no abandonándose demasiado á los suyos propios. Lo que tiene que hacer todavía es vigilar, pero dulce y tranquilamente, en los movimientos de su corazon, en sus deseos, en sus temores, en los sentimientos de gozo ó de tristeza que en él se levantan, y reprimirlos tan presto como los descubre; es no dar entrada á los objetos exteriores; no adherirse á criatura alguna por miras humanas y de una manera natural; estar alerta contra el amor propio que excita todas las pasiones, segun se le hincha ó se le ofende; que se busca á sí mismo en las cosas espirituales tanto ó mas que en las otras; que se entretiene en observarse y complacerse vanamente; que incita el alma á mirarse y aplaudirse, ó á indignarse y desolarse; á presumir de sus fuerzas, ó á desalentarse y abatirse. Todo acto del espíritu, todo movimiento del corazon que no tiene la gracia por principio, es contrario á la sencillez; todo lo que retorna el alma á sí, en vez de abismarla y perderla en Dios, es una verdadera doblez; toda obra exterior que no está ordenada segun el beneplácito de Dios, complica la situacion del alma. Las prácticas mismas de piedad, si nos sobrecargamos de ellas en exceso, si ponemos en ellas una solicitud extremada hasta hacernos esclavos suyos, son un obstáculo á la sencillez. Acordémonos sin cesar de las palabras del Salvador á Marta que se apresuraba á servirle con tan-

ta asiduidad. *Marta, Marta, tú te afanas y acongojas en muchísimas cosas; y á la verdad que una sola cosa es necesaria.* (Lúc., 10, 41.) Tu hermana Maria sentada tranquilamente á mis piés, no tiene mas atencion que la de escucharme: *ella ha escogido la mejor suerte*, que consiste en la sencillez y no en la multiplicidad: así es que goza en reposo de mi presencia y gusta la dulzura de mi conversacion, mientras que la diversidad de objetos y la vivacidad de tu accion te disipan y te turban.

La sencillez se comunica del interior al exterior; y entre dos personas devotas un ojo perspicaz discernirá fácilmente con el aire, con el continente, con las palabras, con el gesto, con el andar, la que es interior y sencilla, y la que no lo es. Imposible es remedar aquello que imprime Dios en el semblante, en las miradas, en las palabras y en el porte de un alma que él posee. A todo el mundo sorprende y muy pocos se remontan á la causa, que no es otra cosa sino aquella admirable sencillez que se derrama de dentro á fuera. Vuélvase interior un cristiano que no lo sea; tome Dios posesion de él en la oracion, y hágalo entrar en la infancia espiritual: su exterior cambiará, sin él pensarlo ni áun advertirlo.

---

## CAPITULO XLI.

### DE LA ABNEGACION DE JESUCRISTO.

UNA de las sentencias mas célebres de la Escritura es aquella que dice: *Si alguno quiere venir en pos de mí, renúnciese á sí mismo, y lleve su cruz, y sígame.* (Lúc., 9, 23.)

Toda vez que no puede seguirse á Jesucristo, sino despues de haberse renunciado á sí mismo, es una prueba de que él nos dió el primer ejemplo de esta renuncia; pues nada exige él de nosotros que no haya antes practicado en el mas alto punto de perfeccion.